



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE OCTUBRE DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La remembranza incierta

A DÓNDE SE VA LA
LUNA CUANDO AMANECE
OLGA DE LEÓN

“De las lunas, la de octubre es más hermosa”; dice un dicho popular, y la voz del pueblo manda, cuando no hay quién más lo haga. Eso dijo un buen hombre que iba pasando a un lado de la cerca donde estaban sentados los alegres compadres de ese singular pueblo campirano.

Se sabe por experiencia, que la oscuridad de la noche es el tapiz sobre el cual la luna se luce, con más o con menos estrellas. Sin esa oscuridad la luna tampoco existiría. Ella es el faro que guía a los hombres del mar y a los de la tierra en medio de la oscuridad, amén de algunas constelaciones que nos indican el norte o sur; o el este u oeste de la ruta que deberemos seguir.

Cierta noche singular y única, casi sin nubes, o con pocos de esos suaves y claros algodones moviéndose en el firmamento, sin amenaza de lluvia ni truenos; pero, sí cuajada de estrellas y aerolitos cruzando el cielo de un lado para otro, una noche así de hermosa, vimos que de pronto la oscuridad se iluminó dando la bienvenida a una enorme, redonda y muy brillante luna que pareció nacer de entre las nubes que se movían a ritmo de vals, deslizándose pausadamente detrás de ellas, y haciéndolas a un lado.

Esa madrugada, con la luna casi desapareciendo del cielo, nació una niña que cautivó con sus ojos abiertos a propios, y al médico que la recibió. “Miren estos ojos, ni verdes ni azules ni cafés, una mezcla de colores que sonríen al que los ve”, exclamó el médico, amigo de la familia, quien había acudido para ayudar a la madre en el parto. El mismo que estuvo a punto de retirarse, porque según él a la bebé aún le faltaba tiempo... Mas he aquí, que yendo a media cuadra, tuvieron que alcanzarlo, para decirle que ya estaba a punto de nacer. Y, así fue, con la luna desapareciendo, la bebita llegó a este mundo... Con gran avidez por devorarlo todo con solo una mirada de reojo a su alrededor, y otra de frente, para ver a quien la veía.

Los padres se llenaron de gozo, pues apenas cuatro meses antes, había muerto su primera hijita, de un año y ocho meses. Ellos anhelaban otra niña, aunque sabían que la que se les fue sería irremplazable. Un triste día, se fue la bella Betty, y otro, llegó la vivarachita y a la vez tranquila e inquieta, Goguis: la contradicción personificada en esa bebita.

Qué sencillo es hablar de una misma; y qué difícil, a la vez, no queriendo parecer ególatra ni presuntuosa. Pues, ni modo, ya lo hice; y aquí queda constancia del hecho. El pretexto fue la luna de Octubre, una de las más bellas del año, solo eso...

Y, ¿qué sucedió con los alegres compadres del inicio de este cuento? Pues resulta que se volvieron ciudadanos, para desperdicio del campo y beneficio de la metrópoli. Fueron los pioneros en la investigación sobre el firmamento y los hechizos de las lunas de todo el año.

Entonces eran muy jóvenes, apenas si adolescentes, pero las lunas los cautivaron y aprendieron mucho de ellas y de



sus abuelos, quienes les contaban historias que despertaron su interés por la observación del firmamento, al grado de hacer carrera en Astronomía. El pueblo les perdió la pista, hasta el día en que sus nombres aparecieron en revistas científicas. Cosas de la vida y del amor a la observación y la interrogación por lo que se ve y no se comprende, entonces, del todo.

Conozco amigas y tengo un hermano y sobrinos, nacidos en octubre, todos ellos brillantes e inteligentes, ¿será por el mes en el que nacieron?, ¿o por las lunas de octubre? Qué se yo... Solo soy una ocurrente que le gusta jugar a los pronósticos y las interrogantes y adivinanzas. Como esa de ¿A dónde se va la luna cuando amanece? ¿Alguien lo sabe? Yo, “solo sé que no sé nada”, como dijera ese gran filósofo que fue Sócrates. Pero, puedo aventurarme a adivinar o acertar por mera casualidad, y si no... Pues me contradigo, que al fin y al cabo, amo la contradicción: “La luna se va a dormir, cuando amanece, cansada de velar toda la noche”.

O, acaso, creían que iba a darles la respuesta verdadera y hacer una disertación científica: ¡Uy!, no. Qué aburrida luciría yo. Para eso, basta con leer un poco sobre el tema y sabrán la verdad aburrida, pero verdadera, de: ¿A dónde se va la luna cuando amanece? No se va, se queda dormida sin quererlo. O, como todos los genios, duermes de día... Insisto.

LA FANTÁSTICA ILUSIÓN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

No había manera de conseguir ese

libro en ninguna librería de Monterrey, ni tenía dinero para ordenarlo en alguna de ellas. Por aquellos tiempos no había internet y solo tenía una manera de obtener la copia que deseaba: robándola.

Sali caminando de la facultad por el área del estacionamiento. Subí un puente para cruzar Morones Prieto. Descendí del otro lado de la avenida y bajé por la escalera metálica hasta llegar al lecho del río seco: ocupado por una hilera de canchas de fútbol que se extendía por varios kilómetros de longitud. Caminé tres kilómetros hasta que encontré las escaleras que me permitieron subir del otro lado, por Avenida Constitución. Crucé el puente y me encontré finalmente en La Purísima. Caminé sobre la calle de Porfirio Díaz: una cuadra larga hasta llegar a la Biblioteca Benjamín Franklin, la del Consulado General Americano. Una biblioteca atendida por gente bilingüe. Me dirigí a la sección de poesía y busqué en los estantes: “Amapola y Memoria”, de Paul Celan, traducido al español por Jesús Munárriz. Era un libro de pasta color verde claro, con el dibujo de un hombre en huesos tocando tambores con baquetas.

Regresé el libro al estante y salí de la fila de libreros para medir la situación. A diez metros de distancia había una mujer sentada en el kiosco central, hablando con un hombre que pedía informes. Regresé al librero. Tomé el poemario con una mano y con la otra levanté mi camisa; lo coloqué entre mi estómago y la cintura del pantalón; bajé la playera. Con lo delgado que era y lo holgado de la prenda, no se notaba lo que llevaba ahí. ¿Tenía etiqueta de radiofrecuencia?

Recordé que en la puerta que daba hacia el Instituto de Relaciones Exteriores no había detectores.

Caminé hacia el kiosco y antes de llegar, doblé a la izquierda. La mujer de informes me sonrió. Empujé la puerta de vidrio y salí, victorioso, con el libro que deseaba tanto.

Caminé por Hidalgo hasta Pino Suárez. Entré a la plaza comercial y luego al café Martin's. En el baño saqué mi nueva adquisición. Abrí un grifo y me lavé las manos. Luego salí y fui a pedir una mesa. El lugar estaba más o menos vacío. Me senté en un gabinete para cuatro. El restaurante estaba decorado con mesas de color café oscuro y asientos tapizados en piel sintética de color verde. Eran las tres veinte de la tarde y en cuestión de minutos llegaría el amigo con el que me iba a encontrar: otro estudiante de economía, fanático de la literatura quien también escribía poemas.

Trece minutos más tarde, con la mirada hundida en el poemario, sentí cuando llegó: “Hola”, dijo mi compañero con una sonrisa, mientras tomaba asiento. “¿Lo conseguiste?”, dijo sorprendido, llevando una mano a su boca. Supe, traduciendo su mirada, que deseaba ese libro que ahora era mío. “¿Me dejas hojearlo?”. Lo coloqué en la mesa y lo deslicé para colocarlo frente a él. “Solo unos minutos”, le dije. Miró rápidamente el índice. “¿Ya lo leiste?”, me preguntó. “No todo”.

Comenzó a leer un poema de La Arena de las Urnas, en voz alta. “Ese no es el poema más importante”, le dije. “Escógeme uno”, me dijo mientras colocaba el tomo frente a mí, de regreso.

Busqué en el índice: “La eternidad”. Cerré el libro y se lo devolví. “Página 127”, le advertí. Buscó rápidamente hasta encontrarlo. Leyó en silencio los siete versos. “Hay algo de este final que no me cuadra”, me dijo al terminar. “¿Cómo dice?”, le pregunté. Leyó: “fresca, como la amapola del olvido, la boca que la besa”.

Guardé silencio unos momentos y le dije: “Ahí debería decir: fresca, como la amapola del despierto, la boca que la besa”. Se quedó pensando un momento hasta que me dijo: “Ahora tiene sentido”.

De esta manera, abro un sello del poema de Celan.

Probablemente pasamos doscientos cuarenta minutos en ese café: platicando sobre arte y poesía, teatro del absurdo y de la crueldad, epistemología del lenguaje. ¿El arte es capaz de construir la realidad? Estábamos convencidos de que así era. Luego, temas de economía: expectativas racionales, crecimiento endógeno y economía espiritual. Tomábamos café como alcohólicos de aquel líquido: un vicio más de juventud.

Finalmente, pedimos la cuenta: veinticuatro pesos por dos cafés que las meseras reabastecían sin miramientos, no importaba que la mayoría de las veces, no tuviéramos para la propina: éramos estudiantes. Quizás las señoritas estaban convencidas de que algún día, cuando egresáramos de la carrera y tuviéramos trabajo, regresaríamos a devolverles el favor.



Jonathan Swift

(Dublín, 1667-1745) Escritor irlandés. Estudió teología en el Trinity College de Dublín, y tras estallar la guerra civil se trasladó a Inglaterra, donde obtuvo el puesto de secretario del diplomático sir William Temple, pariente lejano de su madre. Conoció a Esther Johnson, la hija de Temple, quien se convertiría en la destinataria de una serie de cartas íntimas, publicadas póstumamente en 1766 con el título de Cartas a Stella (Journal to Stella); algunos biógrafos sostienen que llegó a casarse con ella en secreto.

Las malas relaciones con su protector lo llevaron otra vez a Dublín, donde se ordenó sacerdote en 1694. Después de trabajar un año en la parroquia de Kilroot, y reconciliado con Temple, regresó a Londres para participar activamente en la vida política, religiosa y literaria de la ciudad.

Aunque en un primer momento estuvo cercano a los whigs, tras la subida al poder de los tories escribió una serie de panfletos en su favor y contra los whigs que se caracterizaron por su gran agudeza y mordacidad, y que le llevaron finalmente a dirigir el Examiner, periódico del Partido Conservador. En su panfleto La conducta de los aliados (The Conduct of the Allies, 1711) acusaba al Partido Liberal de alargar en interés propio la guerra de Sucesión española, lo que motivó la dimisión del comandante de las fuerzas armadas.

La habilidad como satírico de Swift se evidencia en sus primeros libros: La batalla de los libros (The Battle of Books, 1697) ridiculiza las discusiones literarias en boga que contraponían la calidad de las obras de la Antigüedad a las modernas, adoptando el autor una posición favorable a los clásicos, mientras que Historia de una bañera (Tale of a Tub, 1704), sátira sobre la pretenciosidad e hipocresía en el terreno de la religión y la literatura, le supuso la pérdida de sus prerrogativas en la Iglesia Anglicana.

Tras la muerte de su protector, en 1699, se había trasladado a Irlanda, donde tras ejercer diversos cargos eclesiásticos fue nombrado deán de la catedral de San Patricio (1713-1745). Realizó por entonces numerosos viajes a Londres para mantener su actividad política, hasta que en 1718, con la caída del gobierno, perdió toda su influencia.

Entre 1724 y 1725 publicó una serie de panfletos a favor de la moneda irlandesa, las Cartas de un pañero (Drapier's letters, 1724), que significaron la revocación del permiso para acuñarla, y más tarde una modesta proposición (A modest proposal, 1729), en la que ironizaba sobre la posibilidad de vender a los hijos de los irlandeses pobres como alimento para los ingleses ricos, para el bien de la patria y de ambas clases sociales. Por estas obras sería considerado más adelante como un héroe del nacionalismo irlandés. Afectado al parecer por un tumor cerebral, sus últimos años se vieron marcados por una progresiva demencia.

La obra que indiscutiblemente aseguró a Jonathan Swift la gloria literaria fue su novela Viajes de Gulliver (Gulliver's Travels, 1726), sátira imaginativa y pesimista de la sociedad que se convertiría, curiosamente, en un éxito de la literatura infantil. El descubrimiento por parte del protagonista de países imaginarios, integrados por ejemplo por seres minúsculos (Lilliput) o gigantes (Brobdnag), le sirve al autor para lanzar una sátira aguda e inmisericorde sobre la política y las relaciones sociales de su época, de un tono negativo rayano en la misantropía. El estilo de Swift, austero y directo, alcanza sus mejores resultados en la sátira, el género que siempre cultivó y en el cual demostró sus inmensas dotes imaginativas y para la crítica social.

ad pēdem literae

Tenemos bastante religión para odiarnos unos a otros, pero no la bastante para amarnos

Jonathan Swift

Letras de
buen humor

La mayoría de las personas son como aflileres: sus cabezas no son lo más importante

Jonathan Swift

Mónica Lavín

Cerrar el telón

Cuando mis padres se afligían por la noticia de la muerte de algún actor, su reacción me parecía un tanto exagerada. Que si John Wayne, o Gary Grant, que si Ava Gardner o Rita Hayworth. Los recientes fallecimientos de Diane Keaton y Robert Redford me hermanan con el descubijo que produce la muerte de alguien que no conoces en persona pero con quien has convivido. Una convivencia muy particular. La del cine. El celuloide como esa otra vida para soñar. Cómo no enamorarse de Paul Newman y Robert Redford en la icónica película Butch Cassidy and the Sundance Kid. (El festival de cine Sundance adoptó el nombre y la imagen de Redford, uno de los fundadores, que desde 1981 ha sido fundamental para el lanzamiento de nuevos cineastas). Cómo no apropiarse de aquella escena en bicicleta con esa chica joven y guapa, años 70 y la canción de Raindrops Keep Falling on my Head. Cómo no volver a disfrutar a esa pareja de actores no solo guapos sino maravillosos en películas como El golpe, con la espléndida música de Scott Joplin. O a Robert Redford al lado de Barbara Streisand en la película romántica con un escenario de protestas sociales en el NY de los años 70: Nuestros años felices. Y la voz de Barbara Streisand cantando el melancólico tema cuyo comienzo siempre me estremece Memories.... Mientras las veíamos una y otra vez o escuchábamos la

música no teníamos conciencia de que atestigüábamos las películas que se volverían clásicas de una época. Por eso cuando leí sobre la muerte de Diane Keaton a los 79 años, que nos había cautivado con ese estilo inocente y despistado desde Annie Hall y luego en Manhattan, de Woody Allen, con Woody Allen, sentí dolor. En Manhattan nos hizo amar Nueva York a través de esa sonrisa fresca, de su estilo y su arreglo elegante sin pretensiones que nos volvieran cómplices de su bella naturalidad. La naturalidad que buscaba la época frente al glamour escénico de la metrópoli. Gran logro de la dupla Woody Allen y Diane Keaton hacer de una ciudad tan espectáculo, tan luz de neón y rascacielos como Nueva York una urbe íntima. Compré el póster. Lo tuve mucho tiempo en la pared. Me daba alegría la pareja en una barca en medio del lago del Parque Central. Nueva York se volvió un paraíso por conocer. La manzana dorada, efectivamente.

Diane Keaton siguió haciendo películas con esa facilidad suya para la comedia, como la muy disfrutable junto a Jack Nicholson, otro talante único en el cine hollywoodense, Alguien tiene que ceder y otras más recientes al lado de actrices que en lugar de esconder los años transcurridos ostentan la gracia de disfrutar la vida desde el cúmulo de experiencias con caras y cuerpos cincelados por el tiempo. Ahí Diane



Keaton nunca dejó de ser esa mujer muy natural vestida incluso con sacos de hombre con sus lenticitos y el encanto de una ingenua agudeza.

Esas figuras, ese cine, esas canciones son parte esencial de nuestra educación sentimental. Nuestra memoria se enluta por la ausencia de estos dos grandes que

tejieron recuerdos para poder desplomarnos en una dulce red protectora. The way we were, (Como éramos) título original de Nuestros años felices, es quizás la mejor manera de compartir lo que significaron para una generación. Mucho que agradecerles por el escenario de la vida compartido. Adiós Robert, adiós Diane.